

Identidad y diferencia. La discriminación personal, social y racial en los relatos de Flannery O'Connor

Guadalupe Arbona Abascal
Universidad Complutense de Madrid

El tema de este trabajo se inserta en uno de los debates culturales, sociales y políticos más candentes; ¿cuál es nuestra identidad?, ¿cómo dialogar con otras culturas? son algunas de las cuestiones que a todo hombre del siglo XXI se le plantean como un desafío. La creación literaria es un arte que, a través de su naturaleza poética y profética, puede aportar mundos imaginarios muy pertinentes en el seno de estas reflexiones. De hecho los tres textos que he elegido, de la autora norteamericana Flannery O'Connor, poseen un carácter de visión -el Sur de los EEUU en los años 50 con los problemas de convivencia racial, social e intercultural-, al mismo tiempo que se abren hacia una visión profética, como veremos.

Entrando ya en el tema de este estudio, "Identidad y diferencia. La discriminación personal, social y racial en los relatos de Flannery O'Connor", cualquiera se podría preguntar cómo es posible hablar de discriminación personal, social y racial en los cuentos de una escritora que prácticamente no salió de su ciudad, Milledgeville¹, antigua capital del estado de Georgia, hoy pequeña población que vive fundamentalmente de la ganadería. Pues bien, intentaré demostrar cómo los relatos de Flannery O'Connor, y creo que no pecho de exageración, nos ofrecen un desafío para todo Occidente en los comienzos de esta nueva centuria, la escritora plantea la convivencia entre diferentes culturas presentándonos el drama de la aceptación o rechazo de lo diferente desde una historia, cultura y tradición precisas. Por esta razón, identidad y diferencia se convierten en los polos de un problema presente en los relatos de Flannery O'Connor desde su territorio personal pero con una vocación universal y un valor profético. De su territorio nos revela los conflictos raciales, la humillación de la mujer, la llegada de exiliados europeos tras la 2ª Guerra Mundial y la discriminación personal que tiene su origen en la pérdida del valor de la identidad. Su vocación universal nace del reconocimiento de que por muchas que sean las diferencias de color, sexo, origen geográfico o incluso oscurecimiento del valor personal, existe una profunda dignidad previa, el valor de la persona. El carácter profético reside en que las situaciones planteadas por la autora, lejos de recluirse en la descripción de una situación histórica pasada, adquieren actualidad.

Pues bien, para plantearnos de manera más precisa la relación que existe entre visión particular y valor universal, atendamos, aunque sólo sea brevemente, a los comentarios que hizo la escritora sobre su propio oficio y, especialmente, a la radical unidad que presentan sus relatos entre estos dos términos². Casi todos los textos de Flannery

¹ Existe una magnífica Bibliografía anotada y comentada sobre las obras de Flannery O'Connor y la crítica a propósito de su biografía y obra: Neil Scott, R., *Flannery O'Connor: An Annotated Reference Guide to Criticism*, Timberlane Books, Milledgeville, Georgia, 2002, 1062 pp. La obra de exquisita y rigurosa factura ordena y comenta, en primer lugar, la obra de la sureña y sus diferentes ediciones, y en segundo lugar, cada obra crítica está seguida de una síntesis sobre el contenido fundamental y la tesis mantenida por el crítico a propósito del tema elegido. Además posee unos exhaustivos índices de referencia.

² Este ha sido precisamente el tema que se ha debatido en el último congreso dedicado a la escritora en el último otoño titulado *Revelations. Flannery O'Connor, the Visionary and the Vernacular. An*

O'Connor se sitúan en las cercanías de la granja Andalucía³ donde vivió pero ella siempre mantuvo que su vocación era universal. Para ella lo particular que podría identificarse, falsamente pero podría hacerse, con lo estrecho, pequeño familiar o limitado, deja de serlo cuando se mira seriamente: "Cuanto más tiempo se mire un objeto, más cosas del mundo se ven en él, y es bueno recordar que el escritor de narrativa serio escribe siempre sobre el mundo entero, por muy reducido que sea su escenario particular. Para él la bomba que estalló en Hiroshima afecta en la vida del río Oconee y no hay nada que él pueda hacer sobre ello"⁴. El narrador comienza por la observación de lo más cercano –por ejemplo el río que cruza el estado de Georgia- pero se ve afectado por los acontecimientos del mundo entero.

Por otro lado, la universalidad en lo particular consiste en que una buena narración está destinada a conmover al lector y, por tanto, a permitir un despertar, de la experiencia de cualquier hombre. De esta manera, sus escritos requieren el coraje, por parte del que lee, de no temer hacer una experiencia, es decir, que la buena narración es aquella en la que uno pueda decir que tras su lectura le ha sucedido algo: "El camino a la desesperación es negarse a tener cualquier tipo de experiencia, y la novela, por supuesto es una forma de tener experiencia"⁵.

La hipótesis de la que parto para desarrollar este argumento es que los textos de la autora ofrecen un rico mundo de relaciones no siempre fáciles. Son difíciles las relaciones de los personajes consigo mismos, pretenciosas entre familiares, injustas entre empleadores y empleados y discriminatorias ante los que son diferentes. Este modo de concebir la ficción, en la que las relaciones aparecen rotas o heridas de muerte, es una de las características del realismo grotesco sureño. Y bajo este marbete podemos situar a escritores como Caroline Gordon, Allen Tate, W. Faulkner, Thomas Wolfe, Robert Penn Warren, Eudora Welty, Catherine Anne Porter, Tennessee Williams, Ralph Ellison, Carson

Interdisciplinary and Scholarly Conference, 8-11 October 2003, Georgia College and State University, Milledgeville.

³ Hacienda materna a las afueras de Milledgeville en la que transcurrió la mayor parte de su vida tras el descubrimiento de la enfermedad degenerativa que padeció, el *lupus erythematosus*. La había heredado de su padre y acabó con su vida cuando sólo contaba con 39 años –en 1964-. La vida en la granja con los conflictos laborales entre empleados y dueños o dueñas, los desvelos por los cuidados de los animales...constituyen el tema de muchos de sus cuentos.

⁴ Flannery O'Connor: *El negro artificial y otros escritos*, Ediciones Encuentro, Madrid, 2000, (Trad. de María José Ramos Calero, ed. de Guadalupe Arbona), p.292. Siempre que sea posible citaré por esta edición. Se trata de una antología de textos, la primera publicada en España que incluye ocho cuentos, tres ensayos y algunas cartas. La traducción es de María José Ramos Calero y se realizaron a partir de la edición de Sally Fitzgerald -*Collected Works* (1988), Library of America-, a excepción del ensayo "Naturaleza y finalidad de la narrativa" también recogido por Sally y Robert Fitzgerald en *Mystery and Manners* (1957, Farrar, Straus and Cudahy). En el caso de que los relatos citados no aparezcan en mi edición lo haré por las dos recopilaciones de relatos que se han publicado en España, anteriormente. Se trata de *Las dulzuras del hogar*, Lumen 1968, traducida por Vida Ozores, recoge los relatos del volumen *Everything That Rises Must Converge*. De 1973 y traducido por Marcelo Covián es *Un hombre bueno es difícil de encontrar* responde a los cuentos de *A Good Man Is Hard To Find*. Las dos fueron publicadas por la editorial Lumen. También existen traducciones de sus novelas: la relativamente reciente edición crítica de Manuel Broncano a *Sangre sabia* (*Wise Blood*) en Cátedra Letras Universales de 1990. La traducción es de Broncano y Julio César Santoyo. Además hay versión de *The Violent Bear It Away*, Lumen 1986, que José Luis Giménez- Frontín ha traducido por *Los profetas*. Debe tenerse en cuenta de que en los casos en los que cito ensayos o cartas de la autora que no sean encontrables en español, la traducción es mía.

⁵ *Mystery and Manners*, ob. cit., p. 293.

MacCullers, Walker Percy, Peter Taylor, etc.⁶ Ninguno de ellos sucumbió a las voces insistentes y altisonantes del Norte de los EEUU que querían poner sus mundos imaginarios al servicio de la “saludable y opulenta confederación”. Las imposiciones que se les exigían sólo eran aceptables para una “agencia de publicidad. Son éstas –decía la escritora- las que deben enseñarnos nuestra inigualable prosperidad y nuestra casi igualitaria sociedad (...) Pero allí donde se confía todavía en el artista, no se le debe buscar para asegurar nada”⁷. La escritora se inspira en su entorno, sin someterse a exigencias ajenas y coercitivas, en lo que se ha llamado el cinturón Bíblico, donde el aprendizaje de memoria de la Biblia y su utilización como el legado de los pobres son fundamentales. O’Connor se sirve de su tradición y de lo que considera sus dos cualidades esenciales: los personajes necesitados -héroes grotescos- y la visión poética y profética que forma parte de la cultura popular del Sur. Respecto a los primeros dijo: “Siempre que me preguntan porque los escritores del Sur tenemos preferencia por los personajes extraños, contesto que porque todavía somos capaces de reconocerlos. Un personaje extraño nace de la concepción del hombre entero y en el Sur la concepción del hombre es todavía, en lo esencial, teológica”. Y respecto a lo segundo afirmó que el escritor del Sur está forzado a extender su mirada más allá de la superficie “hasta llegar a tocar ese reino propio de los poetas y de los profetas”⁸.

La serie de relaciones injustas que quiero analizar nacen de este realismo grotesco en el que se atiende a la inconsciente limitación de los personajes que, en el proceso narrativo, se irá haciendo consciente para los lectores y, en ocasiones, para los mismos personajes. “Parece que el narrador tiene una especial afición por los pobres. Incluso cuando escribe sobre los ricos, tiene más en cuenta sus deficiencias que lo que tienen. Me temo que el escritor encuentra mayor satisfacción en los pobres y esto significa, esencialmente, que puede encontrar alguien como él. Su dedicación a la pobreza es con la pobreza humana fundamental. Creo que la experiencia básica es la experiencia de la limitación humana”⁹. A esta elección y retrato de la sociedad sureña, se suma la tradición católica a la que pertenece la autora y que se condensa en sus cuentos en un acontecimiento que, a través de su forma extravagante, indica un dato real al mismo tiempo que misterioso ante el cual los personajes tienen que decidir, es decir, su pobreza no termina en ellos mismos sino que puede abrirse a la realidad y a su fuente. Ésta es la Encarnación, o lo que es lo mismo, el acontecimiento en el que la diferencia máxima, el Misterio infinito adquiere forma humana, se identifica con un hombre.

Pues bien, en este mundo imaginario de relaciones que intento presentar existe una conexión entre la identidad de cada una de las figuras y las divergencias que se ponen de manifiesto en el trato. Qué tipo de ligazón existe entre una y otra es lo que trato de descubrir a lo largo de estas páginas. Así, en los relatos de Flannery O’Connor encontramos una vasta galería de personajes despreciados por sus diferencias con el grupo dominante de población: negros, white-trash, exiliados, niños, mujeres, tullidos o extraños predicadores... Generalmente la injusticia en la relación entre unos y otros proviene del subrayado en las diferencias de color, de historia, de poder económico, de

⁶ Para completar esta larga nómina cfr. Andrews, William L., ed., *The Literature of American South. A Northon Anthology*, Northon, New York, 1998.

⁷ *Mystery and Manners, ob. cit.*, p. 27.

⁸ *Ibidem*, p.32.

⁹ *Ibidem*, p.32.

sexo, de edad y de religión. Y, habitualmente, la dinámica funciona del siguiente modo: los que poseen el poder económico, la salud, la educación, el color de piel que se considera superior, la edad, el sexo o la religión adecuada, discriminan a los que se diferencian de ellos en esos aspectos particulares. Según el Diccionario de la Lengua Española de la Real Academia¹⁰, la palabra discriminación proviene del latín y significa separar, distinguir, diferenciar una cosa de otra, en su primera acepción, y “dar trato de inferioridad a una persona o colectividad por motivos raciales, religiosos o políticos”. En este sentido toda relación entre dos o más personas que haga de la diferencia un motivo de desprecio contiene el germen de la discriminación. Porque el término antitético de diferencia es identidad que, podríamos definir como “humanidad común”¹¹. Ahora bien, el carácter aparentemente antitético de esta pareja de términos, identidad y diferencia, no es tal porque los dos son necesarios en cualquier relación. Basta considerar la experiencia: la relación con alguien idéntico a nosotros nos aburriría, no habría posibilidad de aventurarse en el conocimiento de lo otro y, extrañamente, es difícil pensar que la diferencia sea algo bueno porque a lo largo de la historia se ha demostrado como la diferencia ha generado guerras injustas, esclavitud, discriminación de la mujer y vejación de los derechos en nombre de la diferencia.

Dando un paso más si volvemos la mirada a las fuentes bíblicas de nuestra tradición que, como hemos visto, alimentan el “Deep South” de Flannery O’Connor, el relato sobre el origen de la humanidad comienza con la creación de un hombre y una mujer. Primero Adán que, en seguida, se siente sólo y necesitado, se lo dice a Dios y Dios crea a la mujer. Inmediatamente Adán sale de su soledad y ve en Eva a la mujer –evidentemente diferenciada de él- pero en la que al mismo tiempo, puede ver a alguien que tiene su misma humanidad: “Esta es carne de mi carne y huesos de mis huesos”¹². En esta narración de nuestros orígenes se ve claramente la identidad, es decir, “la calidad de idéntico o lo que en substancia y accidentes es lo mismo que otra cosa con la que se compara”, de nuevo recurro a una definición del DRAE y, por ser hombres o mujeres, sabemos que existen diferencias de “accidentes –según el DRAE- por los cuales una cosa se distingue de otra”. Desde los orígenes de la historia de la humanidad está presente la complementariedad entre la identidad y la diferencia. Mucho más si hablamos de la relación entre la criatura y el Creador de la tradición veterotestamentaria que después recoge el cristianismo.

Pues bien, mi tesis es que en los cuentos de O’Connor existe una relación proporcional entre los dos términos de esta aparente contradicción, es decir, que cuanto menor es el conocimiento de la propia identidad, menor es el respeto por la diferencia y de ese doble oscurecimiento nace la discriminación. La escritora lo pone de manifiesto y lo hace a través de ese tono humorístico y ridículo pero que claramente señala la tragedia del Sur. Como veremos en el curso de mi análisis, el desajuste de estos dos términos provoca el desconcierto o el descubrimiento de la injusticia. Además señalándolo en su tierra apunta a un juicio universal porque la escritora pone ante los lectores una visión y con ella una denuncia de la desanteción hacia los dos elementos de la antítesis: el

¹⁰ Manejo la edición de 1970.

¹¹ El término es de Angelo Scola (*Identidad y diferencia*, Madrid, Encuentro, 1989. Trad. de Javier Prades). Sigo sus planteamientos de fondo para establecer la paradoja, a la vez que su tesis de que es necesario respetar adecuadamente el carácter complementario de los dos términos.

¹² Génesis 2, 23.

desconocimiento sobre la propia identidad y el rechazo de la diferencia o su exageración.

Para ello analizaré tres cuentos de la autora recogidos en su primer libro de relatos y titulado *Un hombre bueno es difícil de encontrar*, título que se publicó como conjunto en 1955¹³. Empezaré por el análisis de “El negro artificial” (“The Artificial Nigger”) donde se plantea el tema de la discriminación racial, seguiré con el de “La buena gente del campo” (“Good Country People”) en el que analizo la discriminación personal, para terminar con el comentario sobre “La persona desplazada” (“The Displaced Person”) como el ejemplo paradigmático de cómo el oscurecimiento de la identidad lleva al rechazo de lo diferente y por lo tanto a la discriminación social, al mismo tiempo que a la destrucción de la identidad. El orden no es arbitrario sigue el querido por la escritora en el que el “El negro artificial” ocupa el sexto lugar, “La buena gente del campo” el noveno y “La persona desplazada” el décimo y último. Como ha señalado Gretchen Dobrott¹⁴ en su cuidado trabajo de tesis doctoral, todavía inédito, el orden que quiere la autora para su recopilación no es arbitrario sino que sigue la estructura de un ciclo en el que el tema compartido, la recurrencia de motivos y temas, los modelos lingüísticos, la creación de caracteres aúnan los diversos textos. Y aún más importante es el significado del título global del volumen que, siendo el del primer relato, adquiere sentido a lo largo de la recopilación. Dobrott explica como la llegada de un “mysterious stranger” va perfilándose y cambiando a medida que vamos leyendo ordenadamente los cuentos. En este sentido lo mantenido por Dobrott y por Kennedy¹⁵ se podría desgranar en los relatos que comento y descubrimos que esta tesis es la raíz de la que desarrollo. Haciendo mención, aunque sea somera pero imprescindible, al primero de ellos que, como se ha dicho, da título al ciclo. “Un hombre bueno es difícil de encontrar” nos presenta al odioso “Misfit”, asesino fugado de un manicomio, que obligará a que la anciana protagonista se enfrente con su ridiculez, a través de ella, y vislumbre su dignidad. Desde esta primera aproximación argumental en la que un personaje extraño irrumpe y se enfrenta al protagonista, podemos recorrer el corpus seleccionado. Así la estatua del negro artificial, en el relato homónimo, además de miserable es el símbolo de la humillación de todos los negros y pone a Mr. Head y a Nelson ante la necesidad de vivir su relación como dependencia mutua; el malvado y embustero vendedor de Biblias, en “La buena gente del campo”, obliga a que Hulga se de cuenta de la mentira en la que vive; en “La persona desplazada” el exiliado polaco, inteligente y responsable, pondrá de manifiesto la injusticia de Mrs. Shortley y Mrs. MacIntire. Este análisis desde el punto de vista de ese “buen hombre” que se busca posee concomitancias evidentes con el argumento que me ocupa porque la entrada de “lo diferente” –sea el Misfit, el Nigger, el embustero o el polaco- en cada uno de los mundos de ficción revela la carencia de claridad sobre la propia identidad. Por esta razón, como intentaré demostrar, el orden que ocupa cada uno de ellos, desde el sexto al décimo, implica una agudización ascendente de la proporcionalidad de los dos términos de los que parto.

¹³ El 6 de junio por la casa editorial Harcourt Brace y vendió 4.000 ejemplares

¹⁴ Dobrott, G., *Flannery O'Connor's Fictional Families in A Good Man Is Hard to Find: A Study of the Implications of Context*, Departamento de Filologías Extranjeras y sus Lingüísticas, Facultad de Filología, UNED, 2003. La defensa de este trabajo doctoral tuvo lugar el 12 de enero de 2004.

¹⁵ Kennedy, J. Gerald, “Towards a Poetics of the Short Story Cycle”, *Les Cahiers de la Nouvelle*, 11, Autumn, 1988.

“El negro artificial” es un ejemplo paradigmático de la denuncia que hace O’Connor de esta ruptura entre la identidad y la diferencia y la posterior recuperación de la unidad. La identidad de los protagonistas está dislocada en cuanto centrada en lo que creen que les diferencia de los negros. Fue el cuento favorito de Flannery O’Connor, así lo declara en una carta de 1957, y de los más costosos en lo que a redacción se refiere. Además desde el título se plantea claramente la denuncia de la discriminación racial. El término “políticamente correcto para hablar hoy de una persona de raza negra es “african-american” es de uso reciente e implica una posición política. Otro término es black (negro) es respetuoso, más aséptico y probablemente el que más se usa hoy en los EEUU. “Negro” es un término muy usado en los años 50 y 60, entonces era más o menos neutro pero hoy ha adquirido cierto tono despreciativo. A partir de aquí los términos empiezan a descender por la pendiente de lo humillante. “Coloured people”, de modo diferente a cómo ocurre con la traducción literal de este término en castellano - persona de color- es en el ámbito americano un término despreciativo. Pero, probablemente sea el término “Nigger” en la escala jerárquica de las denominaciones inglesas el más cargado de connotaciones ignominiosas. El relato se titula en inglés “The Artificial Nigger” de difícil traducción en español. Título que atiende a dos realidades de naturaleza diferente, una de ellas de carácter extratextual, la autora cuenta que yendo con su madre a comprar una vaca a un pueblo cercano, se detuvieron a pedir información de donde estaba la granja que buscaban y la indicación que les dieron fue que era la única casa del pueblo con un negro artificial en la puerta. Y como explica Douglas Robillard¹⁶ en el Sur en el que creció O’Connor era usual encontrar estatuas de negros en los jardines y casas y siempre en actitudes serviles. A estos dos datos se añade lo que la escritora transcribe en una de sus cartas fechada en 1955: “No hay nada que grite más la tragedia del sur que lo que mi tío llamaba las estatuas de los Nigger”. Pues bien el acontecimiento central del relato, hacia el que el resto de los elementos se ordenan es el descubrimiento de un “artificial Nigger”. El elemento textual que nos aclara el uso del término con fines denigratorios es la utilización que hace de él uno de sus personajes, Mr. Head. Pero vayamos con ello: el relato cuenta los preparativos y el viaje de un abuelo y su nieto a la ciudad de Atlanta. El abuelo piensa en la excursión como en un viaje aleccionador, quiere inculcar a Nelson sus “valores” y uno de ellos, el fundamental, a juzgar por las veces que lo repite es el desprecio por los negros. Mr. Head piensa que por fin su nieto que ha idealizado la ciudad, se siente orgulloso de haber nacido en ella, va a conocerla y entonces no deseará volver. Para Mr. Head la lección que su nieto debe aprender es a temer la ciudad y para asustar al niño tomará a

¹⁶ “In response to an interviewer's question, O'Connor recalls hearing her mother ask a "countryman" the directions to a certain house. He replied, "Well, you go into this town, and you can't miss it 'cause it's the only house in town with a [sic] artificial nigger in front of it.' So I decided I would have to find a story to fit that" (Walters 161). The man's comment obviously made quite an impact on O'Connor. In a letter to her correspondent "A," dated 5 September 1955, O'Connor p. 95 writes: "[T]here is nothing that screams out the tragedy of the South like what my uncle calls 'nigger statuary'". Ornamental statues of African Americans in positions of servitude were a standard feature of the southern landscape as O'Connor grew up. But for her the statues represent the South's tragic, bloody history of racial subjugation. Perhaps it was O'Connor's recognition of what these racist icons represented that made her determined to "find" one day a story to "fit" the countryman's description of a local landmark”, Robillard, Douglas, Jr. "Flannery O'Connor and the Tragedy of the South", *The Flannery O'Connor Review*, Vol 1., Georgia College and State University, (2001-2002), pp.94-98.

los negros como instrumento aleccionador. Nelson no ha visto nunca un negro, el abuelo alardea de sus méritos, orgulloso porque no hay ninguno en la comarca desde que él colaboró en que los echaran doce años antes de su excursión. Para imponer su autoridad sobre el niño presume de conocimiento respecto a lo que los hombres negros son. Nelson intentará competir con el abuelo, no quiere someterse pero su presunción de conocimiento cae derrotada ante la primera “victoria” del viejo sobre él. Se trata de un diálogo en el tren en el que el viejo le señala un hombre negro:

“Mira –dijo.

Un enorme hombre de color café se acercaba hacia ellos lentamente. Vestía traje claro y corbata de raso amarilla con un alfiler de rubíes (...) Avanzaba muy lentamente, con sus enormes ojos negros mirando sobre las cabezas de los pasajeros (...) La mano del señor Head agarraba fuerte e insistentemente el brazo de Nelson. Cuando paso la procesión la luz roja de zafiros en la oscura mano que sostenía el bastón se reflejó en el ojo del señor Head, pero ni él levantó la cabeza, ni el enorme hombre lo miró. El grupo siguió avanzando por el pasillo y salieron del vagón. El señor Head dejó de agarrar con fuerza el brazo del chico.

-¿Qué era eso?-preguntó.

-Un hombre –dijo el muchacho mirándolo con indignación, como si estuviera cansado de que menospreciara su inteligencia.

-¿Qué tipo de hombre? –continuó el señor Head con voz inexpresiva.

-Un hombre gordo –dijo Nelson.

El chico empezaba a sentir que sería mejor ser prudente.

-¿No sabes de qué tipo? –dijo el señor Head con un tono decisivo.

-Un anciano –dijo el chico.

El muchacho tuvo el repentino presentimiento de que no iba a disfrutar del día.

-Era un negro –dijo el señor Head, y se reclinó en el asiento”¹⁷

Lógicamente la victoria del abuelo, que he entrecorrido más arriba, lo es del niño que ve al hombre y no su color. A partir de este momento Nelson comenzará a experimentar su ignorancia, ya no lucha por competir y se rinde, orgulloso de su abuelo, agradecido por tener que depender de él: “Se dio cuenta de que el viejo iba a ser su único sostén en el lugar extraño al que se dirigían. Estaría totalmente solo en el mundo si se llegaba a perder. Una gran excitación le hizo temblar y sintió ganas de aferrarse al abrigo del señor Head y quedarse así agarrado como un chiquillo”¹⁸. La aparición de personajes de color va aumentando a lo largo del relato, hasta que abuelo y nieto se internan en el barrio negro y Nelson se siente atraído por una enorme mujer negra que según explicó la autora es un símbolo del anhelo de maternidad del niño. Con este acontecimiento, que confirma el fracaso-victoria del tren, comienza el descubrimiento de la identidad de Nelson que va pareja al hallazgo de la humanidad común que le une a los negros. El del tren era un hombre y la mujer grandona podría ser su madre. Sin embargo el proceso de Mr. Head será mucho más largo, tendrá que llegar a la máxima humillación para descubrir su propia naturaleza, es decir la de ser un hombre limitado, y

¹⁷ Flannery O’Connor: *El negro artificial y otros escritos*, Ediciones Encuentro, Madrid, 2000, (Trad. de María José Ramos Calero, ed. de Guadalupe Arbona), p. 66-67.

¹⁸ *Ibidem*, p. 69

lo descubrirá, cuando, como Pedro en el evangelio, niega conocer a su nieto¹⁹. Desolados y perdidos por la ciudad, abuelo y nieto, llegarán a una plaza en la que encuentran la figura de escayola rota de un negro artificial:

“La figura de yeso de un negro sentado y doblado sobre una cerca baja de ladrillos e inclinado hacia delante porque la masilla que lo sostenía en la pared se había quebrado. Uno de sus ojos era enteramente blanco y tenía un pedazo de sandía marrón (...) No era posible saber si el negro artificial había sido creado joven o viejo; parecía demasiado miserable para ser lo uno o lo otro. Estaba hecho con el propósito de parecer alegre porque tenía la boca estirada a los costados, pero el ojo astillado y el ángulo en que estaba colgado le daban en cambio un feroz aspecto de miseria”²⁰

Delante de ella sentirán profundamente la humillación dolorosa de sus propios límites, el sufrimiento de todos los negros del mundo sufriendo, es decir, la identificación con los negros en un dolor común. Además, aparejado al descubrimiento de su necesidad, el acontecimiento sorprendente y misterioso hacia el que tienden los relatos de la autora, se revela donante de un advenimiento de gracia. Si la peripecia del viaje les ha hecho entender que el conocimiento del que presumían y por el que competían no era tal, los dos experimentan sus límites: el niño porque descubre que sin su abuelo no es nadie, el abuelo porque ha traicionado lo que más quería, el hallazgo del Nigger les desvela un acontecimiento misterioso: la ternura de Dios. Vuelven a casa sabiendo mejor quienes son y habiendo conocido la humanidad común con los negros:

“Se quedaron mirando al negro artificial, como si se estuvieran enfrentando con algún gran misterio, algún monumento a la victoria de otro que les hubiera unido en su derrota común. Ambos podían sentir cómo se disolvían sus diferencias como un acto de misericordia. El señor Head nunca había sabido antes cómo era la misericordia porque había sido demasiado bueno para merecerla”²¹.

Gracias al conocimiento de los negros, los dos personajes se conocen mejor, tal y como declara la autora en una carta de 1955: “Lo que tenía en la cabeza sugerir con el negro artificial era la calidad redentora de los negros sufriendo por nosotros”²².

El segundo cuento que voy a analizar es un caso de discriminación personal. “La buena gente del campo” cuenta la historia de una muchacha tullida que es engañada por

¹⁹ Carta a Ben Griffith el 4 de mayo de 1955: “He recibido otra carta sobre *El negro artificial* en la que me preguntaban si Mr. Head representaba a Pedro y Nelson a Cristo Niño. Debo decir que el comportamiento de Mr. Head refigura un poco el de Pedro pero me parece más difícil decir que el carácter de Nelson sea parecido al de Cristo Niño. Lo que tenía en la cabeza sugerir con el negro artificial era la calidad redentora de los negros sufriendo por nosotros (...) He escrito esta historia muchas veces y he tenido muchos problemas con el final. Con frecuencia mando mis relatos a Mrs. Tate y ella siempre me dice que mis finales son excesivamente planos y que en ellos debo ganar cierta altitud y tener una vista más amplia. Pues bien, el final de *El negro artificial* era un intento empeñado de hacer eso en los dos últimos párrafos, he ido del Jardín del Edén a las Puertas del Paraíso. No sé si con éxito pero he tratado de hacer otras cosas” cit. en *El negro artificial y otros escritos*, ob. cit., cfr. Apéndice de mi edición.

²⁰ Flannery O'Connor: *El negro artificial y otros escritos*, Ediciones Encuentro, Madrid, 2000, (Trad. de María José Ramos Calero, ed. de Guadalupe Arbona), p. 84.

²¹ *Ibidem*, p. 85

²² Cit. en *El negro artificial y otros escritos*, ob. cit., cfr. Apéndice.

un falso vendedor de biblias. Así resumido el argumento, podría parecer que el significado del relato consiste en un acto discriminatorio realizado por el farsante y cuyas consecuencias recaen sobre Joy, la joven protagonista. Pero el texto es más complejo o si se quiere más rico. Atiende a las dos acepciones que el DRAE da sobre el verbo despreciar. La primera es sinónimo de desestimar y tener en poco y la segunda significa desairar o desdeñar. Una y otra se ajustan a los términos del relato porque la primera discriminación o desprecio es la que siente Joy consigo misma y, en la segunda parte del cuento, conocemos el desaire que comete el falso vendedor de biblias con ella. Existe por tanto una doble discriminación la propia y la ajena.

Joy es una chica que vive con su madre en una casa del Sur. Desde las primeras páginas es descrita como una persona que ha dejado de mirar la realidad: “La enorme y pesada Joy, de cuya cara el permanente furor había borrado toda expresión, miraba un poco de lado, con sus ojos de un azul helado, y la mirada de alguien que ha conseguido la ceguera por tener la voluntad y los medios de poseerla”²³. Padece una minusvalía, tuvo un accidente siendo niña, le amputaron una pierna, y ahora lleva una de madera. Sus estudios de filosofía le han llevado a adoptar una posición teórica y práctica, considera que lo fundamental es ver todo a través de la nada y a este programa somete a su persona y su entorno: “no le gustaban ni los perros, ni los gatos, ni los pájaros, ni las flores, ni la naturaleza ni los jóvenes. Miraba a los jóvenes como si estuviera oliendo su estupidez”²⁴. Desprecia las cosas y, al mismo tiempo se cree superior y encerrada en un lugar donde nadie aprecia su genialidad: “Tenía un corazón débil. Joy había afirmado bien a las claras que de no ser por su estado, estaría lejos de esas colinas rojas de la buena gente del campo. Estaría en una universidad dictando cursos a gente que sabría de qué estaba hablando”²⁵. Desprecia todo porque lo considera nada, empezando por ella misma. Se cambia el nombre, Joy –alegría en inglés-, por Hulga al cumplir los 21 años. Un nombre que sólo utiliza ella: “Ella consideraba el nombre como algo personal. Había dado con él al principio basándose puramente en su feo sonido, y después le había impresionado lo apropiado que quedaba para el caso. Tenía la visión de un hombre que trabajaba como el sudoroso Vulcano, el más feo de los dioses” pero con autoridad²⁶. Este gesto, cambiarse el nombre, obedece a un repulsa hacia sí misma y para ella es un arma de dos filos “su mayor acto creativo” y el mayor triunfo sobre su madre que cada vez que lo oye piensa en “un casco vacío de un barco de guerra”²⁷.

La sr. Hopewell ve a Joy una niña desgraciada por su accidente y Hulga se empeña en parecer monstruosa a sus ojos, así nos describe este empeño la criada: “Cuando Hulga entraba cojeando en la cocina por la mañana –podía caminar sin ese ruido horrible que hacía pero lo hacía- y pensaba que sólo manteniéndose un poco más erguida, no sería tan fea. No había nada desagradable en sus facciones y una expresión grata la hubiera transformado”. Y añade, confirmando su desafecto por la realidad y la voluntaria fealdad de Hulga “Las personas que veían el lado brillante de las cosas eran hermosas”²⁸

²³ O’Connor, F., *Un hombre bueno es difícil de encontrar*, Barcelona, Lumen, 1973. (Trad. de Marcelo Covián), pp. 181-82

²⁴ *Ibidem*, p. 187.

²⁵ *Ibidem*, p. 186.

²⁶ Quiere darse un nombre que evoque la fealdad y casi monstruosidad pero que conserve su pretendida superioridad. *Ibidem*, p. 184.

²⁷ *Ibidem*, p. 183.

²⁸ *Ibidem*, p. 185.

Además va construyéndose voluntariamente un aspecto cada vez más desagradable: “...cada año(...)acentuaba su propia imagen: abotargada, ruda y bizca”. Se disfraza hasta adquirir aspecto de espantapájaros “con una falda vieja y una camiseta amarilla, con un borroso vaquero sobre un caballo estampado en el pecho”²⁹.

Pero si Hulga se esfuerza con todas sus fuerzas por crear un monstruo de sí misma, su madre lleva años intentando simplificar la realidad. La señora Hopewell ve en Joy una niña desgraciada por su accidente y disculpa en ella todos sus afanes violentos. Su modalidad de relación con las cosas es tan epidérmica que todo parece a sus ojos ser lo mismo, característica que se transparenta en sus códigos lingüísticos y en esa frase que repite insistentemente: “Todos somos buena gente del campo”.

Hasta aquí la presentación de estos dos personajes cuyas posiciones se verán sacudidas por la entrada en la casa de un intruso. Se trata de la llegada de un vendedor de Biblias que cuenta su triste historia –es huérfano, vivirá poco tiempo y quiere ser misionero-. La madre lo reconoce como gente sufriente y buena del campo, alguien desgraciado y a quien es necesario socorrer. Como quien colecciona buenas obras, lo invita a comer y no cesa de repetir lo bueno que es. Hulga, habiendo interiorizado el juicio simple y torpe de su madre de que el vendedor de biblias es un joven bondadoso y beato, idea una aventura para burlarse de él. Quiere seducirlo, así logrará que él se humille y se sienta condenado. De este modo podrá comprobar en acto lo que cree, es decir que las cosas son nada: no existe ni condenación, ni salvación, o lo que es lo mismo, las cosas no tienen sentido y, por lo tanto, se puede jugar con ellas. Durante el paseo que precede a la seducción, el muchacho da signos de ser un impostor, el lector así lo descubre y, sin embargo, la ciega Hulga, sólo quiere demostrarse a sí misma lo poco que vale todo y no los ve.

Mientras él repite, mintiendo, que la ama, ella le confiesa con orgullo su nihilismo: “No tengo ilusiones. Soy una de esas personas que miran a través de la nada”. Y más adelante: “Estamos todos condenados, pero algunos nos hemos arrancado las vendas de los ojos y vemos que no hay nada para ver. Es una especie de salvación”³⁰. Se enorgullece de mantener la sangre fría cuando el joven la besa, su satisfacción descansa en poderlo burlar. Sin embargo lo que ella no había tenido en cuenta es que a fuerza de no mirar la realidad e invocar la nada, ha perdido el sentido común. Él es embustero y verdaderamente nihilista y logrará humillarla robándole la pierna postiza y dejándola abandonada en lo alto de un granero sin escaleras. De pretendido objeto de burla pasa a ser burlador, además con una larga experiencia en burlas que descubrimos cuando abre su maleta; es la de un coleccionista de aparatos ortopédicos que ha ido robando a otros lisiados. De la discriminación personal de Hulga, hemos asistido a la del vendedor de Biblias que tampoco se llama como dice, ni su historia es la que ha relatado, realmente él es el que no cree en nada: “Y te diré algo más , Hulga –dijo, usando el nombre como si no le tuviera ninguna consideración-, no eres tan inteligente. ¡Desde el día en que nací no creo absolutamente en nada!”³¹. En este relato se ve claramente la relación entre el oscurecimiento de la identidad y el proceso discriminatorio que considera al otro nada y que se escuda en las frases repetidas insistentemente por la madre con la fórmula de un

²⁹ Ibidem, p. 185.

³⁰ Ibidem, p. 202.

³¹ Ibidem, p. 206.

cliché “todos somos iguales, somos gente buena del campo”³² que, aunque inconscientemente, llegan a calar en la mentalidad de Hulga porque cuando le arranca la pierna murmura casi como en un ruego de niña indefensa “¿No eres buena gente de campo?” Y él, seguro y frío contesta “Valgo tanto como tú en cualquier momento”³³. Es decir nada. El oscurecimiento de la identidad ha reducido la diferencia y el valor de lo distinto ha quedado prácticamente disuelto. La primera en despreciar su nombre, aspecto, historia... es Hulga y después casi como convocado por su posición es el farsante. Para Edmondson el sentido del cuento está en el nihilismo “juguetón” de Hulga que atrae el nihilismo práctico y perverso de Manley Pointer: “Whereas Hulga is a self-fashioned nihilist, Pointer represents the essence of nihilism itself, a concentrated and rarefied sample of the philosophy made incarnate. It is as if Hulga’s persistent flirtation with nihilism, by word and behaviour, has conjured up the spirit of nihilism itself and it has come to claim its own”³⁴.

Además Pointer aprovecha la confusión simplificadora de la madre. Mrs Hopewell revela otra forma de nihilismo, la que reduce lo real a una especie de apoblematismo ciego. Piensa que todos los hombres del campo son buenos y que no existe el mal. Será esta negación de la profundidad de la realidad la que aproveche el forastero para destruir lo diferente, es decir a una chica que en lo único que cree es un su propia singularidad: “Era tan sensible respecto a su pierna artificial como un pavo real respecto a su cola. Cuidaba de ella como otros cuidaban de sus almas, en privado y casi con los ojos vueltos hacia otro lado”³⁵. Y será su propia singularidad la que acabe destruida por el nihilismo radical de Pointer, apoyándose en la mirada superficial de la realidad de la madre.

“La persona desplazada”³⁶ el último relato de *Un hombre bueno es difícil de encontrar* y se distingue del resto por su extensión, es un cuento largo, ocupa más del doble de páginas que los relatos del resto de la colección. La extensión sirve para resaltar el valor que quiso darle la autora a este texto que, además, le sirve de cierre simbólico a todo el volumen. De hecho cuando se publicó por primera vez sólo constaba de la primera parte y después la autora añadió una segunda parte que reincide en el argumento fundamental. Así el cuento definitivo posee una estructura gemelar, en la que además se alternan dos puntos de vista: primero el de Mrs. Shortley, empleada en la granja de Mrs. McIntyre, ésta protagoniza la segunda parte. La síntesis argumental es la siguiente: Mrs. Shortley, encargada de la granja de la señora McIntyre desde hace años, asiste con cautela a la llegada de un polaco y su familia, exiliados europeos, para trabajar

³² Sarah Gordon ha estudiado este lenguaje esquemático de Mrs Hopewell aunque lo descodifica en el nivel literal de su sentido, es decir, considera que sus tópicos son una ridiculización de las presiones que una madre del Sur utiliza para reconvenir a su hija y forzarla a que salvaguarde ciertas formas: “Mrs. Hopewell, whose language or means of describing reality, as has frequently been noted, consists of one cliché after another (...) The banality of Mrs. Hopewell’s thinking is evident in this series of platitudes, a fact that Joy/Hulga recognizes and that we recognizes as well” en Gordon, Sarah, *Flannery O’Connor: The Obedient Imagination*, Athens, University of Georgia Press, 2000, pp.177-78.

³³ O’Connor, F., *Un hombre bueno es difícil de encontrar*, Barcelona, Lumen, 1973. (Trad. de Marcelo Covián), pp. 205.

³⁴ En Edmondson, Henry T., *Return to Good and Evil: Flannery O’Connor’s Response to Nihilism*, Lexington Books, Maryland, 2002, pp. 76-77.

³⁵ Ibidem, p. 203.

³⁶ Cito por O’Connor, F., “La persona desplazada” en *Un hombre bueno es difícil de encontrar*, Barcelona Lumen, 1973. Trad. de Marcelo Covián.

en la finca. Pasado el tiempo la cautela se convierte en odio hacia este trabajador, de extraño origen. En la segunda parte y de modo paralelo se repite el argumento pero ahora es la dueña de la granja, Mrs. McIntyre, la que involucre desde el aprecio al odio hacia este polaco desplazado.

Analicemos pues cada una de las partes. La primera parte comienza con la descripción de la subida de Mrs. Shortley para asistir a la llegada de la persona desplazada. Ya esta primera descripción anuncia algunos de los rasgos de su personalidad, especialmente nos detendremos en dos, la descripción de su mirada - O'Connor cada vez que quiere reflejar una mirada malvada en su personaje lo caracteriza con ojos azules-: "dos puntos de luz, azules, fríos y penetrantes, que todo lo supervisaban"³⁷ y su desprecio por lo que le rodea: ignora el sol del atardecer y la belleza del pavo real que se para detrás de ella y que es un símbolo de la perfecta belleza, del paraíso, en toda la obra de Flannery O'Connor y, de manera especial, en este relato. Este desprecio por lo real es el marco para la discriminación del Desplazado. Desprecio en el que coinciden los dos personajes femeninos. Los pavos reales andan sueltos y majestuosos por la granja y ya en la presentación del espacio donde se desarrollará la acción, el narrador hace una descripción minuciosa de su hermosura: "El pavo real se detuvo justo detrás de ella, su cola -verde, dorada, azul, resplandeciente- levantada sólo lo suficiente para que no tocara el suelo. Se extendía a ambos lados como reguero flotante, y la cabeza, sobre el cuello largo y azul, retrocedía como si su atención estuviera fija en la distancia, en nadie más que él pudiera alcanzar con la mirada"³⁸. Está al lado de Mrs. Shortley pero ésta lo desprecia, del mismo modo que ignora el sol: "Ignoró el sol blanco del atardecer que reptaba tras una raída pared de nubes como si pretendiera ser un intruso y echar su mirada sobre el camino de arcilla roja que arrancaba desde la carretera"³⁹. Más adelante, su obsesión por los europeos quitándole sus territorios -imagina una invasión de diez millones de billones- le hace de nuevo ignorar a un pavo en su esplendor, símbolo de la belleza: "El pavo había saltado al árbol y su cola colgaba frente a ella, llena de furiosos planetas con ojos que estaban ribeteados de verde y puestos como contra un sol que era dorado durante un momento y después color salmón. Ella podría haber estado mirando un mapa del universo pero no prestó más atención"⁴⁰.

Este rechazo de la belleza es otro de las actitudes que hermanan a los dos personajes femeninos y la autora le da el valor de ser indicio original y profundo del desprecio por lo diferente. Solamente el torpe sacerdote admira los pavos:

"-¡Qué pájaro más hermoso! -murmuró el sacerdote.

-Una boca más -comentó la señora McIntyre, desviando la mirada hacia el pavón.

-¿Y cuándo levanta esa magnífica cola? -preguntó el sacerdote.

-Solo cuando se le ocurre -dijo ella-. Antes había veinte o treinta, pero los he dejado extinguirse. No me gusta oírlos chillar en medio de la noche (...) El pavo real se quedó inmóvil como si acabara de llegar de alguna altura

³⁷ Ibidem, p. 209.

³⁸ Ibidem, p. 209.

³⁹ Ibidem, p. 209.

⁴⁰ Ibidem, p. 217.

empapada de sol con el objeto de ser una visión para todos ellos. La fea cara colorada del sacerdote quedó suspendida sobre él, resplandeciente de placer.

La boca de la señora Shortley hizo una mueca de reprobación.

-Nada más que un pollo vulgar”⁴¹

McIntyre los mantiene porque su conciencia está determinada por la mezquindad de uno de sus maridos, el señor McIntyre, y él los tenía como alarde de su riqueza, pero está casi decidida a dejarlos extinguir (“...cuando este pavo muera no va a haber más reemplazos”⁴²).

Recorriendo las citas que aparecen sobre la presencia de los pavos en la hacienda está claro que son parte fundamental del relato, obligan a los personajes a tomar posición ante su belleza y su rechazo antecede a la discriminación de Guizac. Además al final del relato, el cura desvela la raíz última de su admiración por estos animales: “Cristo llegará de esta manera”. El narrador en un diálogo cruzado une tres referencias que dan el sentido del texto: la belleza del animal, la presencia de Guizac y la memoria de la Redención de Cristo:

“El pavo se detuvo de improviso, y haciendo una curva atrás con el pescuezo, levantó la cola y la desparramó con un sentido de timbre trémulo. Flotaron hileras de pequeños soles preñados en un remolino verde y dorado sobre su cabeza. El sacerdote quedó transfigurado, la mandíbula floja. La señora McIntyre se preguntó donde había visto alguna vez un viejo tan idiota.

-¡Cristo llegará de esa manera! –dijo en voz alta y alegre, y se pasó la mano por la boca, estupefacto.

La cara de la señoraMcintyre asumió una expresión puritana y se sonrojó. La mención de Cristo en una conversaciól la avergonzaba como el tema del sexo había avergonzado a su madre.

Yo no soy responsable de que el señor Guizac no tenga dónde ir –dijo- No me siento responsable por toda la gente que sobra en el mundo.

El anciano no parecía oírla (...)

-La Transfiguración –murmuró.

Ella no tenía la menor idea de lo que estaba diciendo.

-En primer lugar, el señor Guizac no debió venir aquí –dijo, y le miró duramente(...)

El anciano sonrió, ausente.

Vino a redimirnos.”⁴³

Los tres niveles referenciales se entrecruzan anticipando la discriminación final.

Volviendo al análisis de la primera parte del relato, la primera decepción de Mrs. Shortley no se hace esperar, creía que esperaba a una gente extravagante -“Cada vez que se los había representado en su imaginación, la imagen que había obtenido era la de tres osos, caminando en fila india, con zapatos de holandeses, gorras marineras y chaquetas brillantes con un montón de botones”-; y para su sorpresa, “tenían aspecto de gente común”⁴⁴. Pero en vez de rendirse a la evidencia de que son gente normal y, por

⁴¹ Ibidem, p. 215.

⁴² Ibidem, p. 241.

⁴³ Ibidem, p. 253

⁴⁴ Ibidem, p. 210.

tanto, que participan de su misma humanidad, deja ir creciendo el prejuicio de la diferencia como enemiga de su propio desarrollo. Mr. Guizac es un hombre discreto y gran trabajador, su figura sirve para poner de manifiesto la posición de Shortley que se irá agudizando. Primero llega a convencerse de que si no hablan inglés tampoco son capaces de distinguir los colores, y de un modo miserable piensa, ajustando la realidad a su esquema, que las masacres nazis que ha visto en un noticiario: “cuerpos apilados de gente muerta y desnuda, todos en un montón, los brazos y las piernas enmarañados, una cabeza tirada por aquí, otra por allí, un pie, una rodilla, cierta parte que debía estar cubierta sobresaliendo sobre la nada”⁴⁵ son responsabilidad de Mr. Guizac, y de ese pueblo atrasado que es Europa. Se convence de que son una amenaza porque pueden portar con ellos esas costumbres criminales y, entonces, “¿quién permanecerá entero?” se pregunta. Para Mrs. Shortley la gran tragedia del siglo XX que, por supuesto no se ha tomado en serio, es lo que el polaco viene a sembrar en su territorio. O’Connor introduce en su relato el genocidio nazi como hecho histórico que expresa la máxima discriminación pero Mrs. Shortley no sabe ver ni su significado para la historia universal ni como hecho agudo y penetrante que podría, de haber sido considerado con lealtad, ser un juicio corrector de su ceguera y ramplonería. Ella solamente ve su pequeño territorio y será el comentario de la dueña de la granja, Mrs. McIntyre, cuando considere al polaco su salvador, lo que desencadene todo un proceso de articulación ideológica de defensa y justificación del desprecio. Es en el preciso momento en el que la granjera ve peligrar su posición, es decir, su lugar en la granja. Mrs. Shortley hace descansar su identidad en el poder que ha llegado a conquistar en la hacienda como persona de confianza de la dueña, con dominio sobre los negros y, por supuesto, no está dispuesta a que nadie se lo arrebate. No tiene motivos razonables pues Guizac es bondadoso, trabajador e inteligente, pero ella vuelca sus energías en construir un complejo entramado de razonamientos y llegar a la conclusión del carácter demoníaco del polaco. Es interesante ver como el desprecio de Shortley por Guizac va acompañado de una fuerte articulación pseudo-religiosa. Desde su inicial indeferencia por el misterio va construyendo unos paradigmas sobrenaturales basándose en elementos de la tradición bíblica. De esta manera consigue una justificación sobrenatural imaginada en la que ella se convierte en una especie de elegida. Al inicio de este proceso, el narrador nos revela su a-religiosidad:

“Nunca había pensado mucho en el demonio debido a que ella era de la opinión que la religión servía a la gente que no tenía suficiente cabeza como para evitar al demonio sin ayuda. Para gente como ella, para gente de seso, era sólo una ocasión social que redundaba en una oportunidad para cantar. Pero si alguna vez le hubiera dedicado mucha atención, habría considerado al demonio como al jefe y a Dios como un segundón. Con la llegada de esa gente desplazada, se vio obligada a replantearse una buena cantidad de cosas”⁴⁶.

Es la entrada en el mundo de Shortley de lo diferente lo que le hace replantearse lo sobrenatural, comienza a considerar que lo que estaba bajo su dominio se desbarata y necesita la ayuda de una fuerza mayor; su inclinación se decanta hacia el demonio. Pronto su enemigo se le aparece como el mal mismo (“Cada vez que el señor Guizac

⁴⁵ Ibidem, p. 212.

⁴⁶ Ibidem, p. 222.

sonreía, Europa se extendía en la imaginación de la señora Shortley , misteriosa y endemoniada, como la estación experimental del diablo”⁴⁷). El paso desde la consideración de que Guizac es el demonio a la construcción de una religiosidad propia se produce poco después. Shortley se considera a sí misma una visionaria y se siente llamada, como mujer fuerte, a emprender una lucha contra el mal⁴⁸.

“¡Dios me libre, grito en silencio, del poder hediondo de Satanás! Y a partir de ese día comenzó a leer su biblia con renovada atención. Se concentró en el Apocalipsis y comenzó a citar a los profetas, y al poco tiempo había llegado a una comprensión más profunda de su propia existencia. Vio claramente que el sentido del mundo era un misterio que había sido planeado y no le sorprendió intuir que ella tenía un papel esencial en el plan, debido a que era fuerte. Vio que el Señor todopoderoso había creado a la gente fuerte para que estos llevarán a cabo lo que tenía que hacerse y supo que iba a estar preparada cuando fuera llamada”⁴⁹

Dentro de esta lógica y con lo que ella cree una justificación divina, el odio por Guizac se amplía, y se convierte en un odio hacia Europa, al cura que lo ha traído, a la religión, a Mrs McIntyre y a su familia. Este proceso termina con la huida de Mrs. Shortley. Se escapa de la finca por la noche, durante la huida su marido y sus hijas demandan con insistencia “¿dónde vamos?, ¿dónde vamos?”. Preguntas a las que no responde verbalmente, pero sí lo hace el narrador que descubre el destino de su viaje, la nada: “Mientras la madre, con su gran cuerpo recostado e inmóvil contra el asiento, y los ojos como vidrios pintados de azul, parecía contemplar por primera vez las fronteras tremendas de su verdadero territorio”. A lo que se podría añadir, que si ella ha fundamentado su dignidad en una defensa de su posición de privilegio en la granja de McIntyre, ahora lo ha perdido todo. La pérdida de lo que creía suyo la parten en mil pedazos, se desarticula su cuerpo en un montón de miembros desordenados, de un modo paralelo a aquellos que recordaba de los noticieros sobre el genocidio nazi:

“Un calor feroz parecía agruparse lenta e inexorablemente en su rostro como si se preparase a salir a borbotones en un asalto final. Estaba sentada de una manera erguida a pesar de que tenía una pierna torcida bajo ella y una rodilla que casi le llegaba la cuello, pero había una falta de luz en los ojos azules y fríos. Toda su mirada quedaba dirigida hacia su interior. De pronto, agarró el codo de Mr. Shortley y el pie de Sarah Mae al mismo tiempo y empezó a empujar y tirar de ellos como si tratara de encajar las extremidades en sí misma”⁵⁰

La correspondencia entre las víctimas del holocausto judío y la de Mrs Shortley reposa en la similitud de las consecuencias –la desarticulación corporal- y en las causas de este proceso denigratorio. En el caso de la terrible masacre nazi, la razón –mejor, la

⁴⁷ Ibidem, p. 224.

⁴⁸ Este proceso de “do it yourself religion” es uno de los motivos recurrentes en la narrativa de Flannery O’Connor. La autora consideraba con piedad que en el “Protestan South” en el que ella vivía, la religiosidad popular estaba obligada a suplir la ausencia de los sacramentos de la tradición católica, en los que se revela el Misterio a través de la materia, por formas, visiones, pensamientos... nacidos de la imaginación o intereses particulares. Proceso que, en muchos casos, podía llegar a producir tantas religiones como personas capaces de inventar formas. Es lo que ella llamaba la “do it yourself religion” propia del protestantismo sureño.

⁴⁹ Ibidem, p. 230.

⁵⁰ Ibidem, p. 235.

sinrazón- fue el aniquilamiento en masa de una raza que se creía inferior, en el caso de Mrs. Shortley es el odio por ese europeo al que teme y al que cree también inferior. En ambos casos y siempre salvando las distancias, se ha perdido la percepción de una humanidad común. Pero los procesos se han invertido porque en esta primera parte del relato, Mrs. Shortley es la que será castigada, mientras que las víctimas del totalitarismo nazi son los considerados “inferiores”; existe una inversión entre víctimas y verdugos.

El proceso que sigue Mr McIntyre es paralelo al de Mrs. Shortley en la segunda parte del relato. Su punto de partida es diferente, al inicio McIntyre considera a Guizac su “salvador”, poco a poco empieza a encenderse su odio a raíz del temor a que le quite su granja y llega a desear su muerte. Los extremos del proceso son tan radicales que la caída de McIntyre es abrupta y el mal cometido es feroz. Si Shortley recibía a los polacos con sospecha, McIntyre considera a Guizac su auxilio porque defiende como nadie las tierras para las que ha trabajado toda su vida:

“ ¡Pero, al fin, estoy salvada! –dijo la señora McIntyre-. La miseria de alguien es la ganancia de otro. Ese hombre allí –y señaló hacia el lugar donde había desaparecido la Persona Desplazada-, ¡él tiene que trabajar! ¡Quiere trabajar! –Se dirigió a la señora Shortley con su brillante cara arrugada-. ¡Ese hombre es mi salvación!”⁵¹

De esta primera apreciación que se aprovecha de la desgracia ajena, pasa a sentir lástima por él, y en su cabeza, llena solamente de lo que ha trabajado en la vida, no hay sitio para la compasión por los sacrificios de un exiliado:

“Le daba lástima que el pobre hombre hubiera sido echado de Polonia y que hubiera tenido que correr por Europa y aceptar una choza en un país extranjero, pero ella no era responsable de nada de eso. Ella misma había pasado sus dificultades. Ella sabía lo que era luchar. A Mr. Guizac le habían dado todo en sus peripecias en Europa y luego aquí. Probablemente no había luchado mucho”⁵²

Pero todo cambia cuando se entera de que el polaco va a transgredir una de sus normas, quiere casar a una sobrina con uno de los negros de la finca. Mrs. McIntyre se irrita, se cree robada y, a partir de ese momento, comienza su batalla contra el polaco, el odio va dañando su salud. El origen de su proceso discriminatorio se alimenta del odio que ha mantenido toda su vida por los negros que cree suyos.

Paulatinamente, como en el caso de Mrs. Shortley, piensa que su transgresión es intolerable, comienza a rechazar todo lo que el representa: su lugar de origen, su bondad y su inteligencia. De este modo va negando lo que al principio era evidente (“El polaco seguía trabajando tan duramente como siempre y no daba la menor indicación de darse cuenta que lo iban a despedir. La señora McIntyre vio trabajos que, según ella, no iban a ser terminados jamás. No obstante estaba resuelta a deshacerse de él”⁵³). Ante el cura, proclama su desprecio por Guizac: “Él está de más y ha violado la paz de este lugar -decía ella- y yo soy una mujer lógica y práctica y aquí no hay hornos ni campos de concentración ni Cristo Nuestro Señor, y cuando de vaya, hará más dinero”⁵⁴. El odio violento de Mrs. McIntyre contra Guizac haya una solución final pero la aniquilación de

⁵¹ Ibidem, p. 222.

⁵² Ibidem, p. 242.

⁵³ Ibidem, p. 255

⁵⁴ Ibidem, p. 259

Guizac, con la connivencia de Mr. Shortley. Pero su cruel capricho le hará perder sus energías y consumirse en la enfermedad y la soledad. La figura del polaco es, anagómicamente, es decir en un sentido simbólico, Cristo, al que ya había rechazado de antemano McIntyre por extraño y por desplazado: “Cristo no era más que otra persona desplazada” dice McIntyre. No sin sentido, Flannery O’Connor establece esta comparación desde la convicción de que en Cristo salva la máxima distancia, viene al mundo haciéndose hombre, es decir participando de la humanidad común con los hombres y a su vez revela la máxima diferencia, es Dios. En este sentido y, tal y como se ha apuntado, el último relato del volumen titulado *Un hombre bueno es difícil de encontrar* no sólo pone de manifiesto su carácter de cierre, en cuanto es el punto de máxima radicalidad del argumento que he desarrollado -la discriminación que nace del abismo que se abre entre la aceptación de la diferencia y el reconocimiento de la identidad- sino que además apunta a un posible punto de referencia histórico, Cristo.

Tal y como dije al principio la necesidad de identificar la propia naturaleza es proporcional al aprecio y respeto por la diferencia. En “El negro artificial” el reconocimiento de la humanidad y por tanto de la necesidad común abría un camino de reconciliación del sr. Head consigo mismo y con los negros a los que desprecia. “La buena gente del campo” mostraba las consecuencias del desprecio personal y social: si todo es nada como afirma insistentemente Hulga, o todos somos iguales, como afirma su madre, no hay diferencia con la que medirse y al final la vida es un juego, el que realiza sistemáticamente el Joven farsante coleccionando burlas de discriminación despiadadas. Y por fin se muestra como terrible denuncia de la segregación y necesidad de atender a los dos términos aparentemente antitéticos en este último relato. Porque la reducción de la identidad a la defensa de unas posesiones lleva implícito el rechazo de lo diferente y el germen de la discriminación más vil; no se acepta lo diverso por miedo a perder lo propio. Planteamiento que compartían los relatos anteriores pero que se hace rotundo y explícito en el último caso.